

Zapatos de taco alto. Una memoria

El teléfono suena a media mañana. Estoy sola en casa y respondo.

—Hola, habla Tony —dice un hombre en voz baja.

No conozco a ningún Tony. En la casa nadie mencionó nunca a ningún Tony. Pero su tono de voz es cálido, como si dijera «Hay cosas que solo vos y yo sabemos». Evidentemente se confundió de número y se lo digo: «Número equivocado», y me dispongo a colgar el teléfono tan pronto como lo haya entendido.

Pero no, dice que este es precisamente el número que busca. Para probarlo, recita la dirección, el número de teléfono y, a lo Greta Garbo, el seudónimo con el cual figuramos en la guía. Es imposible que exista alguien con ese nombre. Le respondo apenas una parte de la verdad, que no hay nadie en la casa llamado así, y estoy a punto de colgar una vez más.

Pero el hombre se demora. Si no está esa persona, entonces quiere hablar conmigo, aunque no me conozca. Me pongo de mal humor, y sospecho de una trampa incómoda que me enredará con palabras, palabras, palabras, en la que me rogará que le compre alguna u otra cosa nunca antes vista. No es que sea indiferente a la aburrida vida de un vendedor ambulante. Y me gusta comprar cosas. Si tuviera plata, a cada uno le compraría alguna cosita, después de que me haya repetido (bien o mal, eso no importa) el discurso que le enseñaron. Después, no tanto por mi nueva adquisición sino por el orgullo de haberlo animado un poco, mi propio ánimo alzaría vuelo suavemente, como en alas de una paloma. Cada fin de semana, con las compras llegando hasta las rodillas, sonreiría y suspiraría: el cepillo de dientes Fuller; la suscripción a una revista que ayudará a que una chica se pague un curso de vuelo de nueve semanas que desea con tanta, tanta fuerza; la docena de huevos recién salidos de la granja y más baratos que en cualquier almacén de la esquina; el primer tomo de los doce que conforman la indispensable Enciclopedia Ilustrada de Medicina Hogareña; los remedios que cuestan dos dólares y que ayudarán a que un joven veterano pueda conseguir un trabajo permanente. Eso sí que sería lindo. Pero no tengo el dinero, y este mal humor repentino es tanto contra mí misma, por no tenerla, como contra el hombre, por ponerme en la situación de tener que hacerlo fracasar.

—¿Qué es lo que quiere? —le pregunto, impaciente.

El hombre me responde como un macho a una hembra. Por la brusquedad con la que formula sus urgencias, entiendo que la calidez de su voz no alude a un secreto del pasado sino a un futuro cercano, si yo consintiera. Dejo caer bruscamente el auricular. Luego salgo de la casa y junto flores para Margarita, como estaba a punto de hacer antes de que sonara el teléfono. Margarita es mi vecina de siete años. Jamás tuvo madre ni padre, sólo *tíos y tías* con los que no comparte parentesco sanguíneo. Su rostro parece haber sido esculpido con extremo cuidado en crema y mármol rosado. El pelo castaño le llega hasta la cadera. Y durante estos días, como la escuela católica está llena y no puede recibir más alumnos, vagabundea solitaria, con suficiente tiempo como para contemplar las flores del vecino. Las que junto para ella —amarillo limón, púrpura, violeta claro, ocre vetado— fueron trasplantadas por Wakako y Chester, una pareja joven que compra todo al por mayor. Y esta primavera las flores crecen como desquiciadas, incluso más allá del macetero estrecho.

Más tarde escucho el tímido, casi inaudible *toc toc toc* en la puerta. Es Margarita con dos calas, un par de flores rosadas de clavel y un largo tallo de amarilis coronado por un capullo y tres flores de color ladrillo. Baja los escalones rápidamente, y cruza más allá de la cerca cubierta por la enredadera antes de que pueda agradecerle. En fin. Voy hasta la entrada de servicio y tiro las calas amarronadas que me dejó la semana pasada, lavo el jarrón azul con forma de papa y lo lleno con agua y con las flores nuevas. Pero mientras las manos se ocupan de estas muestras de la recién llegada primavera, la cabeza se concentra en recuerdos más furtivos y desagradables.

Cuando Mary vivía con nosotras, hubo un tiempo en que salía a trabajar tan temprano que todavía era de noche. Una vez, a mitad de su solitario trayecto, entre el cementerio y la parada del tranvía, un hombre la sujetó desde atrás, le tapó la boca con la mano y, de un modo bastante arbitrario, la hizo elegir entre darle un beso o violarla. Aterrada, le indicó lo que le pareció el menor requerimiento. Luego el tipo la dejó ir, y le advirtió que no gritara ni se diera vuelta, o la mataría. Cuando llegó a su trabajo, pálida y temblando, sus amigos de la oficina le preguntaron si estaba enferma. Mary les contó lo que pasó, y ellos le aconsejaron ir a la policía de inmediato.

Mary dudaba de que sirviera para algo, dado que ni siquiera lo había podido ver bien al hombre. Pero de todas formas fue a la comisaría más cercana, convencida de que era su

deber para con el resto de las mujeres, por más incompleta que fuera la denuncia. Regresó con la sensación de que los policías se habían divertido con su historia e incluso reído de ella cuando salió de la comisaría con la indiferencia oficial como única respuesta. Se lo contó a su jefe, que llamó él mismo a la policía y evidentemente hizo valer sus contactos, porque esa misma tarde recibimos una visita.

Fui yo la que abrió la puerta. El policía dio un paso al interior de la casa y me preguntó sin preámbulos:

—¿A usted fue que la violaron?

Compensando mi falta de aplomo con aspereza, le respondí que no, y que ninguna había sido violada, *todavía*. La llamé a Mary. Ella y el tipo salieron a la galería y hablaron por un rato, casi en susurros. Más tarde nos explicó que el policía y su compañero eran los que patrullaban nuestra sección de la ciudad. Le había prometido que los encargados del amanecer vigilarían nuestra zona cada mañana. Mary intentó volver a hacer ese trayecto oscuro un par de veces más, pero nunca vio ninguna patrulla. Desde entonces, ella y el resto de las mujeres de la casa decidieron viajar con estilo, en taxi, cada vez que sus jefes las hacían trabajar en horarios extraños. Esto no solo destruyó nuestro presupuesto, también limitó nuestros paseos sin custodia.

Hubo otros episodios similares, por suerte más leves. Hubo uno que me marcó más que el de Mary, porque me pasó a mí: el de los zapatos de taco alto. Caminaba al trabajo un espléndido sábado por la mañana, por el mismo camino que Mary había hecho, cuando noté un auto azul grisáceo estacionado un poco más adelante. De la puerta abierta sobresalían un par de piernas desnudas, nada notables, como si su dueño estuviera relajado en el asiento de adelante. Supuse que eran piernas de mujer, pertenecientes a la esposa de algún tipo haciendo negocios en la maderera de enfrente, porque tenían puestos unos zapatos negros de taco alto. Al pasar le eché una mirada a la mujer.

Mi conclusión había sido apresurada. No era una mujer sino un hombre, desnudo (*salvo por los zapatos de taco alto, salvo por los zapatos de taco alto*), y me invitaba, con gestos frenéticos, a que me quedara un rato. Nada en mi vida me había preparado para eso. Sí, en mi estantería había algo de Freud, un puñado de Ellis, un montón de Stekel, y el grueso Krafft-Ebing de tapas rojas; el tema había sido explorado, y mi imaginación explotaba. Pero leer es leer, hablar es hablar, pensar es pensar, y vivir es otra cosa. Improvisando con rapidez, actué como si cantara por dentro una canción infantil, y seguí caminando

hasta la parada del tranvía, quizás un poco más rápido y más erguida que antes. Cuando llegué a la imprenta, mi jefe me dijo: «Hoy te ves algo molesta». Forcé una media sonrisa y asentí, pero no logré contarle lo de los zapatos de taco alto. No era algo tan sencillo como una violación, ya lo sabía, y lo que necesitaba entonces era quedarme sola, lejos de todos, y pensar un poco las cosas. Pero había correcciones y galeras que necesitaban ser leídas, y me dediqué a eso con dedicación vengativa, ya que hacía poco me habían retado por descuidarme de nuevo. Al final de una mañana de trabajo frenético sobre las letras de molde, con los codos negros, me permití volver, con cuidado pero de lleno, al período entre que salí de casa y me tomé el tranvía, y descubrí que no había mucho sobre lo que pensar. Había visto lo que había visto. Ahora puedo admitir que había entrado en una repetición enfermiza. Eso era todo. Pero la incongruencia de un hombre desnudo en zapatos negros de taco alto era algo que mi mente no podía resolver; aunque nunca lo volví a ver, sacudió una y otra vez las aguas oscuras de mi perplejidad, antes de que cuestiones más urgentes reclamaron mi atención y esos episodios se volvieron a asentar en el fondo de mi memoria.

Un hombre en el cine que te mete mano. Un hombre en el tranvía con muslos insistentes. Un hombre que sonrío triunfante una tarde lluviosa después de seguirte y meterte una mano inesperada abajo del impermeable.

Me acordé de todos ellos al arrancar las flores, al llevarlas a la casa de Margarita y al volver, al abrir la puerta y recibir las amarilis, las calas y las rosadas, y también al ponerlas en el jarrón azul con forma de papa. Recordé a otro hombre, Mohandas Gandhi, probablemente un desconocido para esta congregación, no solo porque lo había estado leyendo, sino también porque parecía ser la única autoridad intachable al que le habían pedido consejo sobre este tema. Cuando le preguntaron, con delicadeza, «¿Qué tiene que hacer una mujer cuando es atacada por delincuentes?», Gandhi respondió: «Para mí es imposible prepararse para la violencia. Toda la preparación debe ser para la no violencia, si se busca desarrollar la más elevada forma de coraje. La violencia solo es tolerable como opción ante la cobardía. Por lo tanto yo no tendría las naves listas para escapar...». Luego se extendió sobre las nobles implicaciones de la no violencia, y le reprochó al mundo la cobardía de tener bombas atómicas.

Ahora entendía. La primera vez que leí la pregunta, me dije: «Claro, por supuesto», y me sonreí ante las innecesarias alarmas de algunas personas. Pero entonces era una época enrarecida y había olvidado a Mary, había olvidado los zapatos de taco alto. De pronto

decidí que para la mujer debió haber sido una respuesta muy poco inspiradora. De todos los hombres candidatos a la santidad, Gandhi, por su propio testimonio, debió haber sido el más capaz de dar un consuelo más concreto. Pero había esquivado el tema. En vez de un ejemplo tangible, palabras vagas. Gandhi, frente al ubicuo miedo femenino, había fracasado. Todo lo que dijo en realidad fue: ni siquiera lo pienses. Luego (o al menos así me lo imagino), alzando la mano fuerte, huesuda y morena, sacudió la cabeza canosa y compacta, y se negó a oír los peros y los quizás. El resto, como dicen los poetas, fue silencio.

Pero si por un momento hubiera podido tomar prestada la actitud de Gandhi ante la vida y la muerte, ¿qué podría haber hecho frente al hombre que se hacía llamar Tony para llamarme por teléfono? Con esfuerzo, tal vez con una súplica urgente y concentrada, ¿podría haber encontrado palabras corteses pero efectivas para hacerle entender que había formas más encantadoras de pasar una tarde? Practiqué ese ángulo durante un buen rato:

«Me temo que es usted el del número equivocado». Sobria. Algo desconcertante, pero más bien negativa.

«Es un lindo día para pasarlo en la playa, señor. ¿Por qué no se va a nadar? Lo va ayudar a calmarse un poco». Una sonrisa compasiva en el tono de voz. Demasiado ligero.

«Hay muchas mujeres solas en el mundo, y maneras mucho más aceptables de conocerlas. ¿Ya intentó unirse a un club de Corazones Solitarios? ¿Tiene alguna clase de hobby?». Condescendiente, como si yo siempre estuviera por encima de sus necesidades. Formulado de una manera ambigua, también, la última parte, que habilitaba una respuesta cortante.

«Mirá, sabés bien que no se supone que vayas por la vida diciendo estas cosas. Creo saber qué es lo que te lleva a hacerlo, igual, y me parece que un psiquiatra te ayudaría un poco, si colaboraras». El reto de la mujer iluminada. Probablemente me cortaría el teléfono.

En fin, ya era tarde. Y después de todo, Gandhi era Gandhi, un hombre viejo, del todo muerto, y yo era yo, una mujer joven, más o menos viva. Como era incapaz de abrazar el enfoque pacifista, ya que descreía de la eficacia del pacifismo en este asunto, ¿debería haber rechazado la cobardía? ¿Debería haberle gritado a Tony palabras amargas e indignadas para asustarlo? No, tampoco eso. Además, no había llegado a medirle bien el

ánimo. Me habló con despreocupación, pero escondía algo. ¿Alegría contenida? ¿Diversión? ¿Confianza? ¿Desesperación? No lo sabía.

Y para proteger a mis hermanas, ¿debería haber optado por denunciarlo mediante los canales oficiales? ¿Era mi responsabilidad tener que responderle con pretendida calidez e invitarlo a casa, para esperarlo junto con la policía? Supongamos que hubiera presionado a fondo, a mi pesar, y que Tony hubiera sido encontrado culpable (de abusar de sus privilegios comunicativos, claro)... Los hombres de siempre, que dicen representarnos también a nosotras, simplemente le hubiera restringido la libertad durante un tiempo, como supuesto castigo. ¿Pero qué habría hecho Tony al salir de la cárcel, su deuda con la sociedad totalmente saldada (al menos la deuda que la sociedad, que lo había creado, le podía hacer pagar)? Los teléfonos abundaban, junto con sus correspondientes guías telefónicas, llenas de cualquier cantidad de números, nombres y direcciones de mujeres.

¿Y qué hizo Tony cuando escuchó el ruido de mi teléfono tan bruscamente colgado? ¿Se habrá reído y continuado con otro número? ¿Me habrá insultado con su vanidad herida? O quizás habrá sentido vergüenza, mientras pensaba «Dios mío, qué estoy haciendo, qué estoy haciendo». Como sea, supe que había encontrado otro círculo para mi colección de círculos. Había regresado a lo que tenía: la desesperada, absolutamente inútil certeza de que los días y las noches seguramente fueran desoladoras para un hombre con el hábito de pasar el dedo por la guía hasta encontrar el nombre de una mujer, cualquier nombre de mujer; que esta desolación, multiplicada infinitamente (basta ver los periódicos), era una enfermedad enorme y oscura sobre la tierra que no podría aliviar cualquier cantidad de flores, rosadas o amarillas, felices, por más prolijo que esté el jardín y por más orgullosas que estemos.

Suena el teléfono. Desconcertada, me acerco con recelo, preguntándome si no será Tony de nuevo, quizás para vengar su ego herido por algún insulto anónimo, o para levantarse la autoestima confesando que es un bromista pesado. Contengo el aliento luego de preguntar «¿Hola?».

Es la voz familiar, algo quejosa pero de todas maneras preciosa, de mi tía Miné. Dice que mejor me reserve la cena. Que preparó algo especial, bolas de arroz glaseadas con porotos de la India, y pescado al escabeche con arroz avinagrado También consiguió algo de perca

plateada, para rebanar y comer cruda. Todo eso van a traer ella y mi tío esta tarde. ¿A las cinco es muy temprano?

Es posible que se pregunte por qué mi respuesta es tan entusiasta, que sí, es apropiada, pero sin duda también desproporcionada.

(1948)

Traducción de Martín Felipe Castagnet